

LOS  
**BORBONES**  
Y  
SUS **LOCURAS**

CÉSAR CERVERA  
MORENO



¿Sabías que Felipe V se quedó calvo tras ratificar el Tratado de Utrech?

¿Que las prostitutas madrileñas apoyaron en bloque a los borbones durante la Guerra de Sucesión?

¿Que Francisco de Asís, marido de Isabel II, era un carlista convencido por ideología y por despecho?

¿Que Alfonso XIII sacó tiempo, entre hacer cabriolas con el coche y producir películas porno, para estar nominado al Nobel de la paz?

César Cervera trae al lector una divertida, curiosa y, sobre todo, histórica crónica sobre los Borbones españoles, sus extravagancias, sus locuras y también su tiempo y corte.

Una perspectiva diferente e innovadora para conocer, en sus grandezas y desventuras, a una de las dos grandes estirpes monárquicas que han ocupado el trono de España desde el siglo XVIII.

Para ti Lucía, la luz de mi vida.

## Introducción

La película más célebre sobre la Mafia no es un relato sobre la *Cosa Nostra* o el crimen organizado. *El Padrino*, de Francis Ford Coppola, es la épica historia de una familia que lucha contra todo y contra todos por su supervivencia. Es la historia más universal, la primogénita, la única desde que el mundo es mundo, ya se llame el patriarca de la saga Michael Corleone, Nicolás Románov o Felipe de Borbón; y lo mismo si usan armas, cabezas de caballo, armadas invencibles o doblones de oro. El prisma nacionalista nos ha hecho creer que la aventura de los Austrias, los Borbones o los Saboya es la misma que la de España, como si los intereses de una familia pudieran ser los mismos que los de todo un país. Como si la sangre no fuera más espesa que la nacionalidad.

Érase una vez una familia francesa que vivía apacible y feliz (más o menos) en un palacio llamado Versalles. Cierta día, uno de los nietos se mudó a Madrid y se coronó rey del mayor imperio conocido. A partir de entonces la vida no fue fácil ni para él ni para sus descendientes. Esta es la crónica familiar de un adolescente obligado a reinar a pesar de su melancolía, de un heredero desquiciado por la soledad, de mujeres que solo existían para tener hijos, de la caída del primer productor porno de España, de príncipes que traicionaron con ligereza a sus padres y de súbditos con una paciencia infinita. Érase que se era la locura de los Borbones en España.

En el siglo XVIII, el trastorno familiar fue de carne y hueso, gritos que erizaban la piel y seres humanos que se retorcián. Felipe V sufrió síndrome bipolar, su nuera Luisa Isabel de Orleans mostró los rasgos de un trastorno límite de la personalidad y Fernando VI acabó en un oscuro castillo comiéndose sus heces. En el siglo XIX, la demencia se respiraba en palacio, aunque ya no estuviera en la sangre sí lo estaba en la forma de actuar, en lo que los liberales denominaron «las locuras de palacio». Los cinco últimos Borbones que reinaron antes de la proclamación de la Segunda República conocieron a su manera el sabor del exilio por sus dificultades para adaptarse a los nuevos tiempos. Carlos IV fue obligado a abdicar por su heredero, cuyo reinado fue un generoso baño de sangre. Su hija, insensata por naturaleza y educación, vio su trono amenazado por su tío y, finalmente, por su propio afán pirómano. Tras ser expulsada la dinastía de España, a Alfonso XII se le permitió volver bajo la condición inexcusable de que no se acercara a los fogones o, como expresó Isabel II con contundencia: «Hijo mío, no hagas locuras». Alfonso XIII desobedeció esa regla y acabó quemado.

En 1805, la esposa de uno de los generales de Napoleón, *madame* Junot, anunció con solemnidad que «todos los soberanos legítimos» eran «o locos o idiotas». La amplia lista de reyes con problemas mentales y lo accidentado que fue el devenir de las monarquías del entorno español parecen darle la razón. Francia tuvo tres dinastías en pocas décadas, cuatro reyes en un mismo verano y va hoy por su quinta república. Los estados de Alemania e Italia ni siquiera existían, como quien dice, hasta hace dos teledía-rios. Sus monarquías al final resultaron tan efímeras como frágiles. La reina británica más emblemática, Victoria, acabó su vida siendo una de las mujeres más ricas del planeta y, además, con las mismas jaquecas que sus pares a la hora de distinguir dónde terminaba lo público y dónde lo

privado. Ni siquiera Inglaterra, tan gozosa de su historia, está para dar lecciones reales.

Tal vez el mejor resumen es que la locura y la idiotez son una constante en todas las facetas de la vida. En todas las dinastías, en todas las familias... Por cada decisión acertada en política o en un campo de batalla hay tres desacertadas. Detrás de cada gol o canasta hay al menos cinco tiros fallidos. La historia de la humanidad es la de unos animales que tropiezan una y otra vez en la misma piedra, con el agravante, en el caso de los reyes, de que muchos son obligados a reinar a pesar de sus enfermedades o de su incapacidad manifiesta. A diferencia de otros dirigentes que son votados o que simplemente se abren paso a codazos para llegar al poder, los monarcas no tienen que hacer absolutamente nada para recibir la corona. Algunos, como Carlos II de España o Jorge III del Reino Unido, que hoy en día requerirían atención diaria hasta para ir al baño, ni siquiera tuvieron otro remedio. Han sido enfermos mentales, niños que tenían que abandonar sus estudios para reinar o ancianos que se querían jubilar los que, más de una vez, han debido ceñir las coronas más poderosas del mundo a su pesar y al de sus súbditos.

La tradición regia ha evitado que la sangre azul se limpiara con matrimonios entre reyes y vasallos. Los propios monarcas cavaron su tumba por mantener su pureza. La endogamia enterró a los Habsburgo españoles en toneladas de genes recesivos y terminó por ahogar la fertilidad de la dinastía. Pocas casas reales, y menos los Borbones, aprendieron alguna lección con la tragedia de los Habsburgo. Los matrimonios entre primos hermanos fueron una feliz costumbre para mantener unidas a las diferentes ramas. La porfiria variegata y la hemofilia nunca abandonaron del todo a las grandes casas europeas gracias a sus esfuerzos. La locura tampoco.

## 1.

## Felipe V: Una locura contagiosa

**E**l protagonista del último acto de la tragedia de los Habsburgo españoles agonizó durante cuarenta días y cuarenta noches de dolores intestinales. El bebé de cabeza desproporcionada, que parecía destinado a no vivir más de una semana, reveló una frágil salud de hierro a lo largo de treinta y ocho años. Carlos II sobrevivió a los ataques epilépticos, a los trastornos hormonales, a la frustración de ser estéril, a las sangrías constantes e incluso a los exorcismos, ante la creencia, compartida por él mismo, de que algún demonio habitaba en su cuerpo. Las ruinas de su salud dijeron basta el 1 de noviembre de 1700. Puso el punto final a su dinastía con tres palabras que bien hubieran servido de epitafio a un torero corneado: «Me duele todo».

Al momento de fallecer Carlos, se vio en Madrid brillar el planeta Venus junto al sol, una señal del cambio de los tiempos que sirvió para tensar los nervios en la corte. Muerto años antes el candidato de consenso, el heredero de Baviera, las grandes casas europeas se habían dedicado a colocar lo mejor posible sus peones sobre el tablero hispánico, mientras el rey hechizado se decía y desdecía con sucesivas modificaciones de su testamento. Al final, nadie podía saber con certeza quién iba a heredar el vasto Imperio español y si habría guerra o no.

El duque de Abrantes, encargado de hacer público el texto, decidió tomarse con humor aquel solemne día en el Real Alcázar. El noble español lanzó una mirada de total indiferencia al embajador francés, quien confiaba en que serían los Borbones los herederos, y se dirigió en cambio a abrazar de forma exagerada al representante de Viena. Volviendo a agarrarle en sus brazos una segunda vez, le anunció, conteniendo la risa: «Tengo el mayor placer, mi buen amigo, y la satisfacción más verdadera en despedirme para siempre de la ilustre Casa de Austria».

La última voluntad de Carlos II colocó a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, como el ganador de la partida y nuevo soberano de la Monarquía Española. Si alguien había creído que aquel cambio de dinastías supondría para España un mar de tranquilidad tras un reinado turbulento, pronto iba a quedar desencantado. Justo a 1023 kilómetros de allí, en Fontainebleau, un veterano Luis XIV estaba cazando cuando un mensajero osó interrumpir la aparatosa ceremonia que le acompañaba a todas partes. En el otoño de su vida, el Rey Sol seguía impresionando por su pompa, por la enorme peluca de pelo natural, con la que disimulaba su calvicie, por sus mangas adornadas de ricos encajes venecianos y, no cabe duda, por sus famosos tacones de color rojo, con los que agrandaba una figura de por sí elevada.

Al oír la noticia, el Rey Sol se trasladó rápido a Versalles y conoció el contenido del testamento de Carlos II, tras lo cual convocó un consejo extraordinario, donde, como de costumbre, escuchó a sus ministros sin decir nada. La decisión del último Habsburgo español colocaba a Luis XIV entre la espada y la pared del mundo. Sabía que si aceptaba que su nieto heredara todo el Imperio español habría guerra con las naciones europeas que esperaban partir la tarta en trozos más o menos iguales.



Los Borbones llevaban medio siglo preparando aquella jugada. Felipe IV de España se había casado con una Borbón, al igual que francesa había sido la primera esposa de Carlos II. Sin olvidar que la madre y la mujer del propio Rey Sol eran de sangre española. Precisamente de ese matrimonio con María Teresa emanaban las reclamaciones de la casa Borbón a la corona española. El testamento de Felipe IV había descartado la legitimidad de los descendientes de su hija María Teresa, pero los franceses argumentaron que la cláusula excluyente no era válida, porque aún se les adeudaba décadas después parte de la dote.

El abrazo del oso, el jaque a los Habsburgo, debía ser ahora o no sería. Una vez convocados todos los miembros de la familia real, junto a los representantes de las principales potencias europeas, Luis dirigió a su nieto Felipe, de aspecto tímido y una pizca montaraz, las siguientes instrucciones: «El rey de España os ha dado una corona; vais a reinar, señor, en la monarquía más vasta del mundo, y a dictar leyes a un pueblo esforzado y generoso, célebre en todos los tiempos por su honor y lealtad. Os encargo que le améis y merezcáis su amor y confianza por la dulzura de vuestro gobierno». La dulzura habría de esperar: Europa se preparaba para la guerra.

## **Un rey escondido tras las cortinas**

Preso de sus ambiciones, Luis XIV ni se detuvo a preguntarse, ni parece que le interesara la respuesta, si aquel adolescente estaba o no preparado para reinar en un país desconocido para él. Si el muchacho era medio lelo, como sospechaba, bastaría con rodearlo de una guardia pretoriana de consejeros. Si no estaba listo, ya lo estaría a base

de golpes y de extravagancias. Confiaba en poder manejar los hilos a través de sus embajadores en Madrid.

Felipe de Anjou, de dieciséis años, había nacido en Versalles el 19 de diciembre de 1683. Su infancia transcurrió marcada por el fallecimiento de su madre cuando apenas contaba siete años. María Ana Victoria de Baviera era una mujer fea y triste, lo que en aquel palacio resultaba como mojar cigalas en mostaza. Entre comilonas, embarazos y enfermedades imaginadas o no (la autopsia demostró que más de una era real) se apagó su vida antes de que cumpliera los veintinueve años. Vivió siempre o embarazada o aburrida, cuando no las dos cosas. Del padre de Felipe, el eterno delfín de Francia, tampoco se pueden escribir canciones épicas. Como su esposa, Luis de Francia era de buen estómago e indiferente al mundo más allá de las verjas del palacio. Se sometió a radicales dietas para adelgazar, que, sostiene la tradición, situaron su cuerpo en el camino a la tumba. A los treinta y nueve años sufrió una apoplejía, y una década después murió por un brote de viruela. No consta que su esposa ni él mostraran gran atención a la crianza de sus tres hijos.

Junto a sus dos hermanos, Felipe había sido educado como un príncipe para la nueva era. Adiestrados para ser atletas y soldados con clases de natación y equitación, al mismo tiempo recibieron lecciones políticas y religiosas para reinar algún día en Francia, país donde los santos ni ven ni oyen. Como le pasara a Carlos de Gante dos siglos antes, Felipe de Anjou fue elegido para mandar en la península Ibérica sin saber español ni haber recibido instrucción sobre las costumbres e historia del país.

El único guiño a su destino político procedió del mote profético *roi d'Espagne* (rey de España) que le puso su tía abuela Isabel Carlota del Palatinado, a quien el ánimo tími-

do y humilde del pequeño le recordaba más a un Habsburgo que a un Borbón. El ambiente restringido de su infancia agudizó este carácter retraído y le hizo el peor explorador en un país extranjero. Era incapaz de decidir nada y cuando al fin arrancaba soltaba las palabras con lentitud y sin confianza en sí mismo. Incluso décadas después, tendría problemas para dirigir siquiera la palabra a gente que no conociera de antes.

Felipe se tomó aún varios meses para abandonar París y dirigirse a España. El Rey Sol le insistió durante su despedida en que nunca olvidara que era francés hasta los huesos, aunque «desde este instante, los Pirineos se han hundido». La imagen de toda una cordillera desvaneciéndose frente a él, o quizás el miedo escénico, sumieron al joven en un estado taciturno durante el viaje. La mastodóntica delegación, formada por cuarenta carruajes, cruzó a principios del nuevo año el río Bidasoa hacia territorio español. Su particular Rubicón. Calmó su agitación al asistir en Vitoria a su primera corrida de toros, donde estuvo tan a gusto que, después de ver correr veinte toros, aún preguntó si quedaban más. El olor a sangre y las vísceras palpitantes de los morlacos despertaron dentro del adolescente una emoción desconocida, algo que únicamente volvería a hallar en los campos de batalla y en el lecho conyugal.

Como si fuera una barroca estrella del *rock*, la multitud se congregó en cada ciudad por donde pisó el nuevo rey, con arcos del triunfo y fuegos artificiales para celebrar la primera venida de los Borbones. En vísperas de su entrada a la capital, hubo más de una decena de muertos en la Puerta de Alcalá pisoteados ante la histeria por ver al monarca. Mal augurio, peor drama, que no deslució su entrada en Madrid el 14 de abril (fecha un pelín republicana) y

la posterior procesión de cuatro largas horas hasta el Alcázar Real.

El rey no sabía el idioma local ni expresarse bien en el suyo, por lo que los consejeros de su abuelo prefirieron pasearlo como un maniquí sonriente. Sin abrir la boca, logró el prodigio de que el pueblo adorara a aquel apuesto muchacho, de ojos claros y pelo rubio, que montaba a caballo con altivez, en contraste con la estampa del anterior rey, un anciano de cuerpo añinado, pálido como la luna, con la mandíbula desencajada, que llamaba cabalgar a que le amarraran inmóvil a un pobre corcel.

No necesitó decir nada para ser querido, ni tampoco nada para empezar a ser odiado. Bastó que hablaran por él los hombres de su abuelo. Luis XIV colocó a militares y diplomáticos franceses en toda clase de cargos del Imperio español, abrió las ventanas de los palacios Habsburgo y declaró la guerra a los consejos de Estado, viejo cortijo de la nobleza castellana, en favor de un despacho universal que lo decidiera todo más rápido. La aristocracia que tanto se había alegrado del cambio de reyes se preguntó con las manos en la cabeza qué demonios había hecho. Todo por y para Castilla, pero sin los castellanos... Solo el cardenal Portocarrero, superviviente del anterior reinado, contaba con algo de presencia en aquella corte que parecía una filial francesa. Aún años después, un ministro de Felipe V se lamentaría de lo deprimente que resultaba, aunque fuera por decoro, que hubiera que elegir algún cargo español «entre estas gentes».

Felipe no se molestó en conocer el arte, la música, el teatro o la literatura local. Odiaba usar la golilla, prenda idónea para un acordeón, pero muy incómoda para montar a caballo, de la que sostenía que había sido «ideada por el demonio». Le parecían absurdas muchas de las costum-

bres de sus predecesores, como la de cambiar de palacio según la estación o el rodearse de bufones y enanos, de los que solía decir el poeta Francisco de Quevedo que estaba bien que acompañaran a los reyes ante el temor de que los cuerdos no les dijeran la verdad.

El nuevo rey, que ya iba servido de locura, decidió que estos servidores debían irse para siempre a raíz de un incidente menor registrado a su llegada. Las conocidas como «sabandijas de palacio» habían gozado de un papel destacado en la vida privada de los Habsburgo. Formaban parte de la familia real como cualquier otro miembro, si bien la moda francesa se inclinaba más por negros, moros o indios con papagayos, habituales en la corte gala y en los retratos de los gentileshombres. Su lastimosa marcha hacia el paro puso en guardia al resto de servidores reales, entre ellos a los belicosos cocineros, que se negaron a preparar platos a la francesa hasta que los Borbones probaran las delicias patrias. Este tira y afloja acabó en huelgas y en una venganza cocinada a fuego lento, que, para desgracia de Felipe, le iba a dejar sin tálamo en su noche de bodas.

Los franceses estaban convencidos de la superioridad de su cultura y de que lo refinado, hermoso y sublime procedía sin duda de *la France*. Entre los planes para sacar ventaja comercial a que su nieto fuera rey de España, Luis XIV quería imponer sus tejidos en los tres continentes que dominaba el Imperio, de Palermo a Manila. Un comerciante de Nantes sugería, mientras se frotaba las manos, que una forma de obtener pingües beneficios «sería hacer que los pueblos de esta monarquía, tanto de América como en Europa, tiraran sus ropas negras para adoptar nuestras modas y vestirse a la manera francesa». El negro había sido signo de elegancia en la Edad Media y era protagonista en la forma de «vestir a la española», que imitaba media

Europa. Hablar castellano, leer al Cid en París, usar gorguera... la hegemonía de los Habsburgo impuso una serie de modas en el continente pero el cambio de poderes viró las tendencias hacia la cuna del pestilente y sabroso queso roquefort. El país que vistió a hombres con casaca, chupa y calzón, indumentarias hasta entonces reservadas a los militares, y a las mujeres como cabareteras.

Aparte de su escaso gusto por lo español, Felipe V sufría un aislamiento y una melancolía crónicos que le llevaron a odiar su destino. Mientras el cariño de la gente se colmaba, el rey afirmó en mayo de 1701 que preferiría volver a ser duque de Anjou, pues «no puedo soportar España». La timidez le relegaba a ser una gárgola de su palacio, ajena a todo y a todos. No se atrevía a tomar parte en las deliberaciones de su propio Consejo Real, escuchando a sus ministros escondido tras las cortinas, al estilo del desdichado emperador romano Claudio. Aunque quería participar en su vida, el miedo escénico era superior a él. Prometía una y otra vez madrugar para asistir a las nueve a las reuniones con los ministros, si bien hasta las once no era capaz de salir de la cama. Se esperaba que cenara a las ocho, pero hasta las once no hacía acto de presencia ante la indignación creciente de los cocineros. No se ajustaba a los horarios, ni era capaz de cenar con otras personas. Sus cartas a Luis XIV las pensaba y redactaba su tutor, que tampoco nada decidía hasta que Versalles daba luz verde.

El resultado a nivel de gobierno demuestra que el severo Luis XIV tenía un retorcido sentido del humor o, lo que es peor, un nublado juicio político. Un noble castellano decía de aquel reino del despropósito: «Nuestro gobierno es un gobierno extraño: un rey mudo, un cardenal sordo y un embajador francés que carece de voluntad».

## La guerra como única cura para un maníaco

Una mujer sacó del abatimiento al joven Borbón. La reina prometida se llamaba María Luisa Gabriela, hija del duque de Saboya, y como hacía con todo a ambos lados de los Pirineos, la eligió Luis XIV pensando en el futuro de Italia cuando España al fin se retirara de Milán, Cerdeña, Sicilia y Nápoles. La boda se celebró por poderes de forma simultánea en Turín y Versalles. No fue hasta noviembre de 1701 cuando la saboyana y el francés se encontraron en Figueras, a donde había ido el rey a recibir el juramento de lealtad de los tres estamentos catalanes. Fuera por la felicidad del recién casado, o por sincera sintonía; lo cierto es que el monarca más vilipendiado por la mitología catalanista logró el cierre de Cortes más satisfactorio para ambas partes de su historia. Felipe V concedió a las élites catalanas nuevos privilegios, mientras ellos le correspondieron con una notable cantidad de dinero de cara a la guerra que se avecinaba. Esa Guerra de Sucesión donde, ironías del destino, ambos se verían al otro lado del tablero.

Rubia, de ojos negros, carácter vivaz y un rostro agradable solo afeado por unos dientes blancos pero fatalmente alineados. La melancolía de Felipe se derritió como un hielo en cuanto suspiraron los encantos de su esposa. A pesar de ser una niña de trece años, la nueva reina de España era una mujer con personalidad e inteligencia, que iba a manejar al indeciso de su marido sin contemplaciones, como así aclaró en su noche de bodas. La primera velada se negó a que Felipe entrara en sus aposentos, como castigo porque los cocineros españoles del rey insistieron en servirle platos locales en vez de comida francesa. De nada le sirvió al cónyuge, desnudo y listo para la acción, explicarle a su esposa que lo de los cocineros revoltosos era un plei-